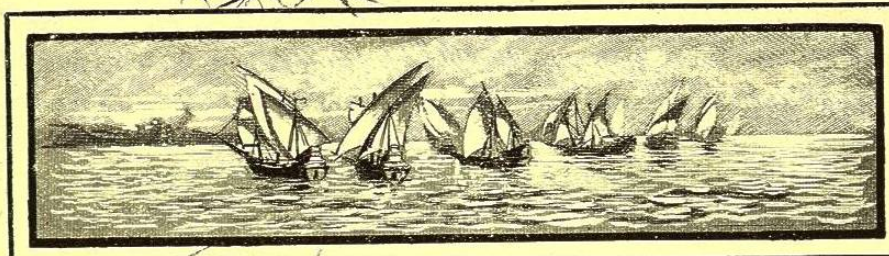


SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO I

Costa de Mallorca, de la Dragonera á Palma
Vista exterior de la ciudad.— Ojeada general

SI tras una noche de navegación, sereno el cielo y la mar mansa, al penetrar en la cámara los pálidos albores del amanecer, tus compañeros de viaje alzan en el alcázar del vapor el grito regocijado de « tierra, tierra; » sube á cubierta, viajero artista, y del seno de las ondas verás asomar la mayor de las Baleares, bella, erizada de verdosas cumbres, y destacándose sobre el horizonte blanquecino, que á la parte opuesta comienza á colorar el sol naciente.

Aún dudosas las sombras velan la costa pintoresca de Deyá, y los riscos de Valldemosa y Bañalbufar aparecen negruzcos sobre las aguas perezosas, y van alejándose á la izquierda; al paso que el cabo Groser ya empieza á reflejarse en otras menos oscuras, y la masa aislada y peñascosa de la Dragonera ofrece dorados sus desnudos picos. Nada más risueño que aquel boquete, nada más delicioso que aquellos cortos mo-

mentos de navegación entre dos tierras: parece que súbitamente el islote se desgaja de la masa principal para abrir un paso interesante y bello á la embarcación; y como si los encantos de la naturaleza no bastaran para atraer las miradas del viajero, los recuerdos históricos vuelan por encima de aquellas ondas apacibles, y prestan á las costas nuevos atractivos.

Aquella es la Dragonera, que el cómitre Gayrán describió á D. Jaime en medio de la tormenta: aquel de enfrente es el islote del Pantaleu, donde el domingo 10 de Setiembre de 1229 el rey y algunos magnates desembarcaron y armaron sus tiendas; y aquella costa es la Palomera, donde acamparon los árabes y aconteció el primer hecho de armas. La imaginación se transporta á los tiempos de la conquista, y puebla la ensenada pacífica y silenciosa de las divisiones de la armada, que sucesivamente llegaron por todo el sábado.

Las trompetas y atabales de la gente de guerra mézclanse con las bocinas de los cómitres y nocheros: cúbrense de marineros escalas y jarcias; y á los gritos de « amaina, amaina, » bájense unas velas y rízanse otras alrededor de las vergas, mientras que junto á los ferrados espolones crujen las cadenas que siguen á las áncoras al fondo. Redoblan en la playa los atabales y suenan añafles; y los ginetes árabes, como creen que los cristianos preparan el desembarco, hacen caracolear sus alazanes, y agitan las lanzas con gallardía. Mas una sola chalupa boga con brío á la orilla, y quedando en su guarda un hombre, saltan en tierra siete combatientes. Avanzan hasta atraer sobre sí cuarenta sarracenos; lidian en retirada, hiérenles cuatro; y ganando otra vez con presteza la chalupa, reman hacia las naves que ya les enviaban socorro.

El domingo, súbitamente arrójase desnudo al mar un sarraceno, y á nado llega al Pantaleu donde el rey descansa. Manda D. Jaime vestirle, y pidiendo noticias de la tierra, dice el moro: — « Señor, ten por cierto que esta tierra es tuya: mi madre, sabia en la ciencia de leer los astros, por su arte descubrió que

tú conquistarás Mallorca, y á instancias de ella yo he venido (1). » — Estas son las palabras de la crónica; y ¿quién las sujetaría al examen de la razón, cuando aquella costa, aquellas aguas, aquel islote hablan al corazón y las justifican?

Así se agolpan estos recuerdos, y esas imágenes de flotas y de gentes para siempre pasadas cruzan ante la fantasía con la misma rapidez con que el buque por delante de la ribera. Santa Ponza aparece: allí fueron las primeras victorias de los catalanes cuando la conquista; allí el joven D. Jaime se avergonzó de su imprudente valor, y al regresar del choque hubo *miedo* de que le riñeran los Moncadas; allí acampó como una gran familia aquel ejército, de cuya organización la fe católica y la lealtad eran las principales bases, si no las únicas; mas allí también, junto á Paguera, un rey ambicioso y mal deudo echó á tierra su gente asalariada, y vasallos desleales desampararon á su rey sin ensangrentar los aceros.

El cabo de Cala Figuera se adelanta en medio del mar, bien como centinela de la espléndida bahía, que al doblarlo despliega con pompa su profunda curva y va á terminar en el opuesto Cabo Blanco. Donde quiera que se vuelvan los ojos, la costa describe una línea ondulante y bellísima, tapizada de verdor, ceñida por la faja azul del agua, y misteriosamente velada á la derecha por el resplandor del sol, que se va elevando á sus espaldas. A la izquierda vese la Porrassa, donde surgieron las naves y los trescientos caballeros de D. Jaime, que descubrieron los primeros la marcha del ejército sarraceno. Una cadena de cumbres cierra el breve horizonte; y si el viajero recuerda que en ellas encontraron los Moncadas una muerte gloriosa y tremolaron triunfantes las barras de Aragón, salúdelas y consagre un pensamiento de respeto á la buena memoria de aquellos fuertes y sencillos héroes cristianos.

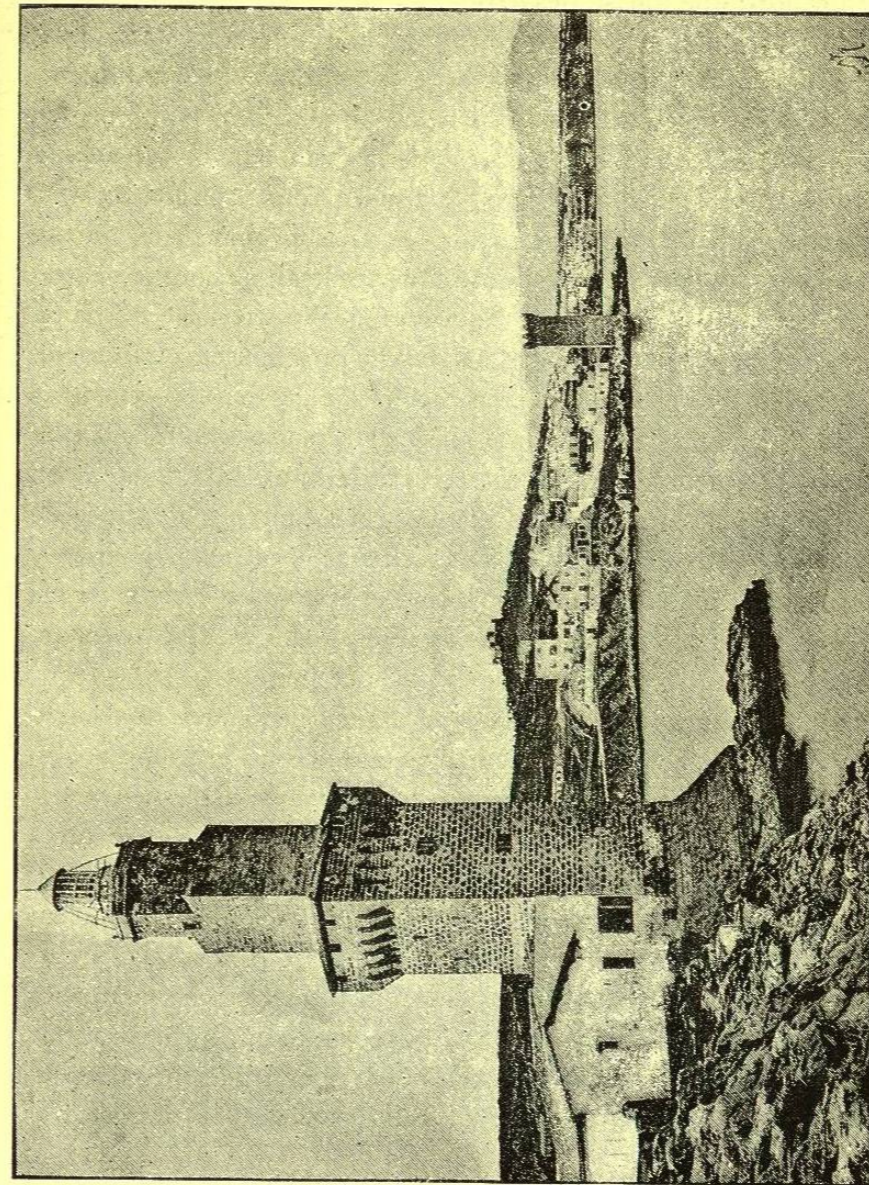
(1) Crónica de D' ESCLOT, CÓDICES de la Biblioteca Barcelonesa de San Juan, folios 30 y 31. Véase el N.º 16 del Apéndice de la 1.ª Parte.

Mas ya junto al fuerte de San Carlos (a), asentada sobre su firme base peñascosa, la torre del Señal ha agitado sus banderas, y sus bellas y macizas formas rápidamente se van ofreciendo más distintas. Un ancho talús apea el sólido cuerpo cuadrado de la antigua fábrica, cuya barbacana estriba sobre unos grandiosos modillones de estilo árabe; y el segundo moderno que la corona y remata en la linterna, bien que la priva de su pureza y contrasta con las almenas, no daña al buen efecto del conjunto, sumamente pintoresco en lontananza. Si no es un resto de la dominación mahometana, al menos se debió de construir inmediatamente después de la conquista, y ya á poco sirvió de faro á los navegantes que acudían á aquel puerto de Portopí (b), un tiempo cerrado con cadena, hoy inútil y abandonado. Más humilde levántase no muy lejos la torre de Pelaires (c); pero ape-

(a) Construyóse en los primeros años del siglo xvii, mandando el virrey D. Juan Vilaragut, de cuyo sucesor don Carlos Coloma tomaría probablemente la advocación de S. Carlos: costó segun datos doce mil libras. En 1662 se aumentaron sus obras.

(b) Dale ya este nombre el rey D. Jaime en su crónica, y Marsilio añade que lo tomó de un hermoso pino que allí había; ignórase si lo llamarían también así los sarracenos, puesto que figura con igual dictado, no sólo en el libro del Repartimiento, sino en el poema coetáneo á la expedición de los pisanos á principios del siglo xii. En Portopí se resume la historia marítima de la ciudad, durante los tres siglos primeros de la reconquista y aun gran parte del xvi, interin no tuvo el Muelle más importancia que la de puerto de verano: en la época más floreciente del comercio casi formaba calle el camino de más de dos millas que media entre ambos puntos, enlazados nuevamente hoy día por el arrabal y por casas de placer no interrumpidas. De los tiempos del Conquistador data asimismo el pequeño oratorio de San Nicolás, testigo ya en 1286 del milagroso castigo del Almogávar infractor de la vigilia de Navidad que narra la crónica de Muntaner, y sucesivamente destinado andando el tiempo á lazareto de observación, á convento de Mínimos y á casa de leprosos, hasta perder toda fisonomía, lo cual ha hecho menos sensible su reemplazo por el que se está hoy construyendo.

(c) Aparte de este nombre vulgar cuyo origen no se averigua, llevaba antiguamente el *den Carroç*, prócer alemán hijo de conde, según Des-clot, á quien armó caballero en el sitio de Mallorca el rey D. Jaime el día de Navidad y dió aquí heredades y más tarde en Valencia; quizá haría Carroç edificar ó reparar la torre mientras gobernó la isla de 1246 á 1254. Es colateral á la boca del puerto y conforme exactamente con la del faro, á la cual para este destino se le añadió un segundo cuerpo, y de una á otra se tendía la cadena que cerraba de noche ó en ocasiones de peligro la entrada todavía en el siglo xv. En 1583 á 3 de Diciembre encomendaron los jurados dicha torre, entonces ruïnosa, al reverendo paborde



ISLAS BALEARES

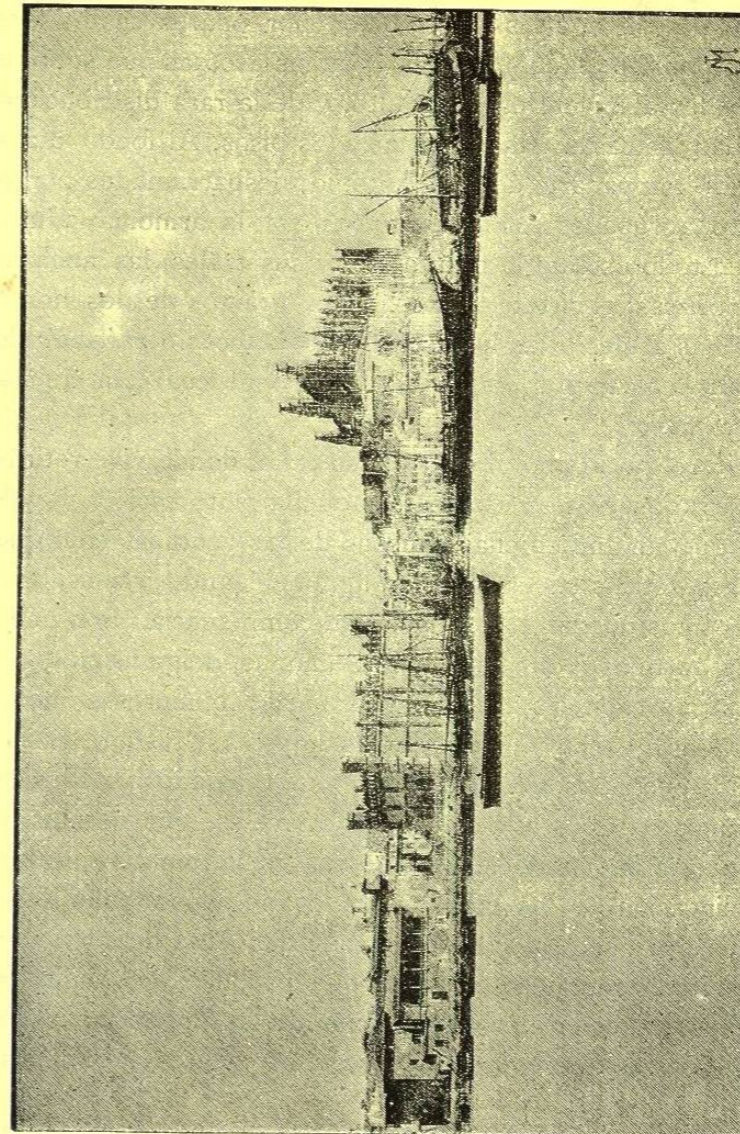
PORTOPÍ

nas se hace alto en ella, porque roba toda la atención el magnífico cuadro que allí se desarrolla.

Á la izquierda, en la cumbre de una colina cubierta de bosque, el castillo de Bellver ostenta sus rojizas torres; á la derecha la vista se espacia por una bella lontananza; y en el centro la ciudad extiende los dos brazos de la gran bahía, y semeja la rica joya que enlaza las cintas de aquellas dos tapizadas costas. Risueña, muellemente recostada en una prominencia, mírase Palma en el espejo de las ondas, que reflejan su corona de edificios y chapiteles; y como si quisiera rivalizar con la belleza de su situación, allí hace alarde de sus mejores fábricas. Las torre-cillas de la Lonja asoman por encima de la muralla, mientras hacia la derecha la imponente masa del Palacio sombrea la playa desde aquella altura, y la Catedral levanta las agujas de su frontispicio y los numerosos estribos, arbotantes y botareles de mediodía. Á trechos colúmpianse airosas y altas palmeras, y hasta los campanarios de las iglesias modernas, á favor de las aéreas galerías, cúpulas, linternas y pirámides que los coronan, se armonizan con el carácter oriental del conjunto.

Si su exterior así convida á un detenido examen, el aspecto que su interior ofrece mantiene aquella sensación primera. Ásperas cuestas conducen al centro de la ciudad; estrechas y tortuosas unas calles, nada turba su silencio; al paso que otras presentan rica copia de estudios al pintor de género. Conservan algunas pórticos caprichosos y desiguales, ó cuerpos voladizos; las esquinas de otras recórtanse del primer piso abajo, y cargando sobre un grueso pilar vienen á formar como una obra avanzada; y las que no respiran ese carácter árabe ó gótico son tan pintorescas, que en vano quisiera el artista negarles lugar en su álbum. Aquella variedad de las casas, los aleros atre-

Antonio Mascaró, con tal de repararla á costa suya y conservarla. En nuestros días la ha restaurado por completo la comisión provincial de monumentos, á cuyo cuidado está, y á cuya instancia fué declarada en 1876 monumento nacional.



ISLAS BALEARES

VISTA PARCIAL DE PALMA

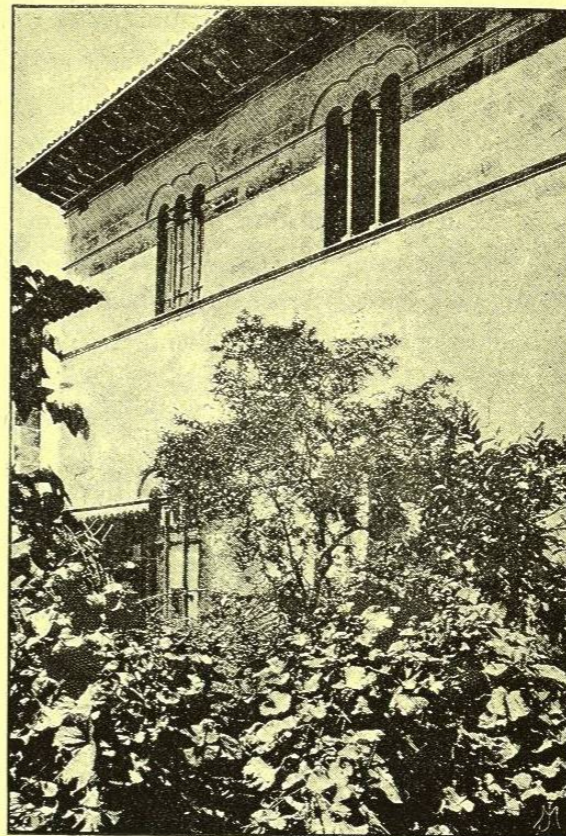
vidísimos, y los soportales dan sumo interés á algunas de sus plazas; y en la de San Antonio es de ver el efecto de los pórticos que la ciñen, altos y sostenidos por pilares cuadrados que llevan por capitel una tosca faja, de las azoteas que sobre ellos se tienden al nivel del primer alto, y de la rara distribución que guardan las casas, las ventanas y los pisos. Al fondo álzase el humilde campanario de San Antonio; desparramados por aquel recinto agrúpanse los mallorquines con la armonía admirable que en todo ostenta la naturaleza, y sus trajes, las anchas calzas moriscas, el birrete y la chaqueta griegos de los hombres, las faldas azules y las honestas tocas blancas ó *rebocillo* de las mujeres realzan el carácter del cuadro, al cual dan animación y movimiento.

No reinan ni uno ni otra en las calles donde vive retirada la nobleza, ni sus casas consienten aquella pintoresca desigualdad. Pero quedan aún en ellas muchas de las ventanas con que los artífices góticos las enriquecieron, tan elegantes y sencillas, que no creemos puedan temer ninguna competencia. Son unos ajimeces partidos por una ó dos columnitas delgadísimas y coronadas con capiteles de gran delicadeza: numerosas molduras disfrazan lo ancho y macizo de las impostas; y sobre estas cargan los pequeños arcos, algunos muy rebajados y todos extremadamente robustos y de anchas dovelas, guarnecidos en lo que podría llamarse éstrados de una bella moldura, que sigue la delineación de las curvas y de los ángulos donde ellas se reúnen. No puede la sola descripción dar una idea de su esbelteza, ni del armonioso contraste que producen la solidez de los arquiteos, la anchura en degradación de las impostas, la elegancia de los capiteles y la delgadez de los pilares (a). Á primera

(a) Para ejemplo de estas ventanas presenta el adjunto fotografado las de la fachada de una casa antigua sita en la calle de la Palma, cuyo interesante aspecto y rojiza sillería realzaría, si fuese cierto, el dato de haber pertenecido á la familia de Bonapart, que floreció por un siglo escaso en Mallorca desde el último tercio del xv hasta mediados del xvi, suponiéndola procedente de Córcega y de común

vista creyéraselas un resto de fábrica árabe, ó al menos se las atribuyera á los tiempos inmediatos á la conquista, si no revelaran una fecha más moderna las obras góticas del siglo xv que las acompañan, y que por su disposición se conoce que junto con ellas formaron parte de la primera traza.

Esta aparente contradicción ó, si así puede decirse, anacronismo, es muy natural en una isla apartada del centro y movimiento de las artes. En el continente, y en el litoral, teatro entonces de las guerras y de cuantos sucesos influyeron en la civilización, las innovaciones y los progresos marchaban á la par de los acontecimientos políticos; el trato continuo y la mayor cultura

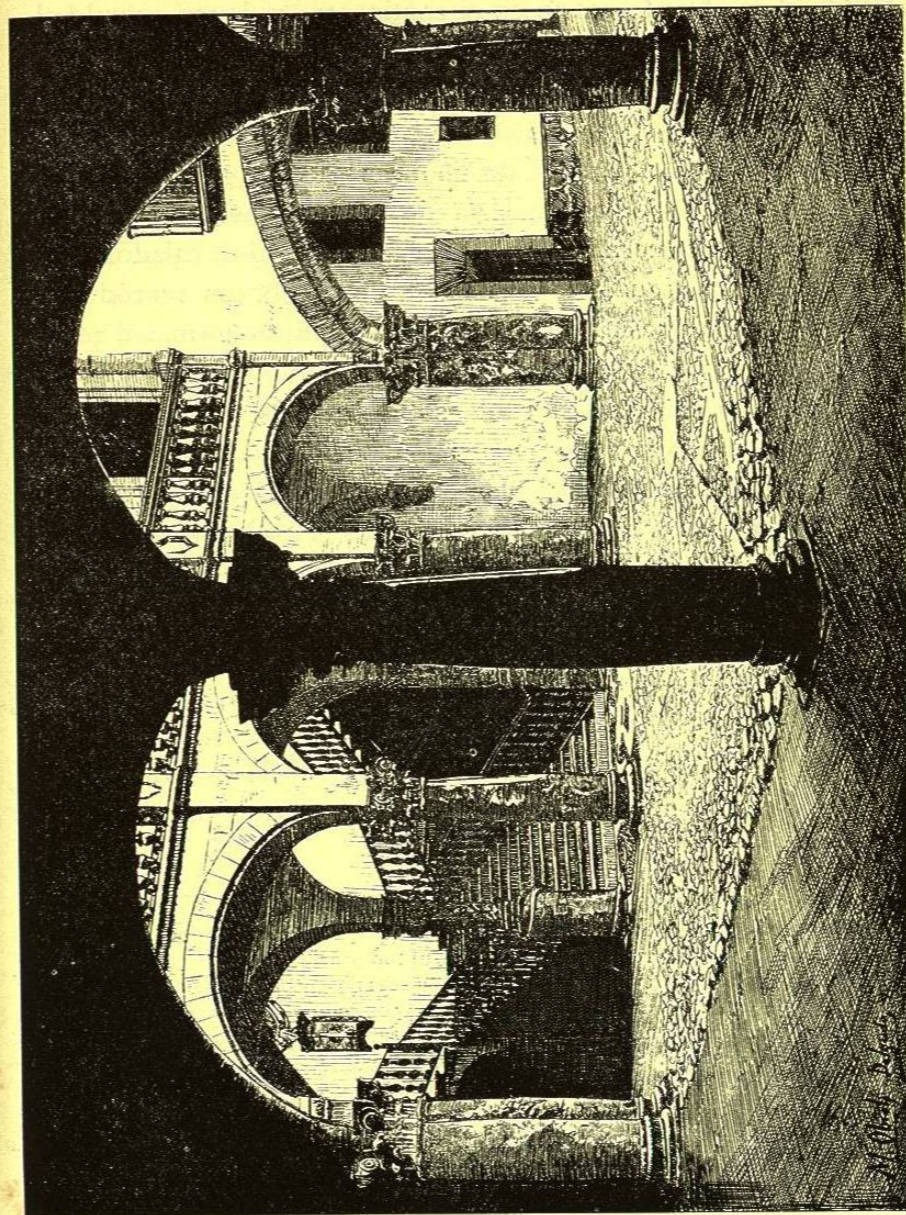


PALMA.—AJIMECES DE UNA CASA Á ESPALDAS DE SAN JAIME

tronco con la de Napoleón. Nuestras averiguaciones por desgracia no confirman el aserto del Sr. Bover, antes resulta de ellas que la habitaron constantemente los Vivot, dueños de la Porrassa, Santa Ponsa y Galatzó. Sea como fuere, el edificio merece mejor conservación, por no ser frecuente en ellos la doble fila de estas gentiles ventanas; y es sensible que no permita gozar bien de las del piso principal el ramaje del terraplén desde donde se tomó la vista.

esclarecían las ideas; la multitud de las obras antiguas convidaba á la comparación y al estudio; á la voz de los poderosos, de cada día poblábase la Europa de nuevos monumentos; y el estímulo de la gloria y de las recompensas forzaba á los artistas á conquistar con nuevas combinaciones la palma del triunfo. En Mallorca, privada de aquel diario comercio de las artes, reorganizada á punta de lanza, y ajenos sus pobladores de la opulencia é influjo de los poderosos que el continente celebraba; no era fácil que continuas construcciones particulares estimulasen el ingenio de sus artífices, ni casi posible que estos inventasen nuevas formas. Allí, dado un tipo, el gusto necesariamente había de quedar como estancado, hasta que otro tipo viniese á alterar las formas, digámoslo así, tradicionales. Los conquistadores cristianos habían visto reproducidas en todas las ciudades, villas y castillos de Cataluña, las ventanas arábigo-góticas, ó mejor dicho, arábigo-bizantinas, altas, desembarazadas y sencillas: en la capital de la isla debieron de encontrar existentes numerosos ajimeces moriscos, modelo de aquellas; y bien pudiera ser que, hecho el repartimiento, el primero que sobre las ruinas de los árabes alzó su palacio, al conservar en las ventanas la disposición de las de Cataluña, adelgazó algo más sus columnitas, dió un carácter árabe á los capiteles, y orló con la moldura de los ajimeces morunos el éstrados de los arcos. Así dado el tipo, fué creciendo el número de las copias, y en ninguna se falseó la forma primitiva.

No profesamos nosotros ese ciego *filosofismo* moderno, que *todo* lo explica, y al cual tantas teorías, reglas generales y nombres abstractos debe el mundo; innovaciones bien perdonables, á no haber ellas traído la confusión, la incredulidad, el materialismo y los trastornos. No queremos establecer una ley general con el fundamento de uno ó dos casos: en punto á sistemas solamente admitimos lo que los principios de belleza aconsejan, la experiencia sanciona, y la práctica establece y confirma. La imitación, que en Mallorca reprodujo los ajimeces en casi todos



PALMA. — PATIO DE LA CASA DEL MARQUÉS DE VIVOT